

Cuadernos de Historia Contemporánea

ISSN: 0214-400X

<http://dx.doi.org/10.5209/CHCO.60355>EDICIONES
COMPLUTENSE

Ramos Oliveira, Antonio: *Un drama histórico incomparable. España 1808-1939*. Pamplona, Urgoiti Editores, 2017, 812 pp.

Magnífica iniciativa la de reeditar esta historia de España de Antonio Ramos Oliveira, más todavía tratándose de una edición tan cuidada, precedida de un extenso estudio preliminar (163 páginas) del hispanista alemán Walther L. Bernecker, que constituye la más completa biografía que de él se ha escrito hasta hoy. Como indica Bernecker, apenas hay bibliografía sobre Ramos Oliveira, lo cual realza la importancia de esta introducción. Los méritos de este documentado estudio los quiere compartir Bernecker con el editor Juan López Tabar, de Urgoiti, por su apoyo a la reedición del libro. Lo es, no de los tres tomos originales de 1952, sino de parte del segundo y de todo el tercero, esto es, del período 1808-1939.

De cara a futuras exploraciones, Bernecker, apunta cuestiones sobre las que falta información y claridad, como la relación con Azcárate y Negrín, el proceso de su radicalización, su postura sobre la religión (se declaró católico y está enterrado en la catedral de México...).

¿Quién era Antonio Ramos Oliveira? Nacido en Zalamea la Real (Huelva) en 1907, hijo de un trabajador de las minas de Río Tinto y de una maestra portuguesa, y cursó en Madrid la enseñanza secundaria. No siguió carrera académica, aunque recibió de su madre una sólida formación. Desde muy joven se dedicó al periodismo, fue redactor de *El Socialista* y miembro de la Asociación de la Prensa desde 1932. Su intensa actividad política y periodística dejaba ya entrever al historiador autodidacta. En 1932 se casó con Virginia García, de una familia adinerada de Lugo.

En su temprana obra *Nosotros los marxistas. Lenin contra Marx* (1932), no se percibe todavía la ruptura radical que llegará más tarde, en la línea largo-caballerista del socialismo español. Al año siguiente publicaría *Alemania ayer y hoy*, en donde daba cuenta de su experiencia en Alemania.

Al producirse el levantamiento de los mineros de Asturias se posicionó en su favor, lo que le costó la cárcel. Desde ella escribió *El capitalismo español al desnudo*, donde prelude el análisis de la oligarquía española que más tarde realiza en el libro ahora reeditado. En 1935 huyó con su familia a Londres. Gracias a la ayuda de la embajada española, contactó con los laboristas y representó a *El Socialista* y *El Liberal* de Bilbao. Tras las elecciones del Frente Popular en 1936, se convierte en agregado de prensa de la embajada española en Londres, ciudad que será su residencia hasta 1950. Para el *Foreign Office* Ramos era un “dangerous revolutionary”, lo que pone de manifiesto la hostilidad con que la política conservadora británica veía a la República española, a la vez que la simpatía con que observaba el golpe de los militares.

La estancia de Ramos Oliveira en Gran Bretaña forma parte del esfuerzo con que la República, a través de Pablo de Azcárate, embajador, Julio Álvarez del Vayo y Juan

Negrín, intentó sin éxito doblegar la “neutralidad” del gobierno británico durante la Guerra Civil. En esa labor de crear simpatía hacia la República y contrarrestar la información favorable a los golpistas, tiene Ramos Oliveira un papel primordial.

Tras la victoria franquista, formó parte de un exilio menos conocido que el de Francia o América, pero con personajes tan relevantes como Negrín o el Coronel Casado. Ramos escribió en Londres *A People's History of Germany* y publicó semanalmente un boletín de información sobre España. Se esforzó en conseguir visados para republicanos huidos a Francia, ante todo para sus propios hermanos, que lograron viajar a México en el vapor *Sinaia*, el mismo que transportó a Adolfo Sánchez Vázquez y a tantos otros españoles. Cedida forzosamente al gobierno golpista la embajada española, la nueva oficina organizada en Londres sirvió de punto de información para españoles, y de contacto con periodistas ingleses, pero él no encontró trabajo fácilmente debido a su orientación socialista. Al igual que en otros lugares donde hubo exiliados españoles, éstos se dividían en grupos. En el caso de Londres, los enfrentamientos entre negrinistas y simpatizantes de Casado fueron constantes. Como queda bien patente en este libro, Ramos fue crítico feroz de Casado y amigo, más aún que simpatizante, de Negrín.

En 1942 pronunció en el Hogar Español, creado en Londres con apoyo de Negrín y Azcárate, varias conferencias “que pueden ser consideradas como el embrión de su posterior *Historia de España*.” (p. XXXIV. Cito, aquí y en adelante, por la actual edición, *Un drama histórico incomparable*). Escribió también, como Salinas o Juan Ramón, en las publicaciones del Instituto Español Republicano, otra de las instituciones culturales creadas allí por Negrín. Durante la Guerra Mundial fue nombrado corresponsal de *El Socialista*, que entonces se publicaba en México, y colaboró en la revista *Left News*. La corresponsalía de *El Socialista* lo haría viajar a México manteniendo un vivo contacto con el exilio español de allí.

En los años 50 hizo copiosas traducciones, especialmente del alemán y el inglés, muchas de ellas para el Fondo de Cultura Económica. Se estableció en México en 1950, donde fue consejero de la revista *Tiempo*, redactor de la *Revista de Historia de América* y trabajó en la revista *Siempre*, del FCE, editorial en la que salió en 1952 su *Historia Social y política de Alemania*. En ese mismo año, ya nacionalizado en México, publicó en la Compañía General de Ediciones su gran obra, la *Historia de España*, en 3 tomos, de los que ahora se reedita (con el título *Un drama histórico incomparable*) la parte que se refiere a 1808-1939, título que empleó ya el mismo Ramos Oliveira.

Así como las otras obras posteriores, y los cargos y encargos que desempeñó, para la ONU principalmente, Bernecker repasa minuciosamente en su estudio preliminar los escritos de Ramos sobre Alemania, sobre el nazismo y sobre la caída de la República de Weimar. Sobre la forma de enjuiciar el nazismo por parte de Ramos, considera que adolece de la “constante marxista” que hace depender la política de la economía.

Pero pasemos ya a *Un drama histórico incomparable*. En 1946 había publicado Ramos *Politics, Economics and Men of Modern Spain 1808-1946*. La *Historia de*

España de 1952 reproduce ese texto inglés, pero suprimiendo lo que había escrito pensando sólo en el lector inglés y retocando, añadiendo, actualizando bibliografía. No sólo toma el contenido de *Politics, Economics and Men*, sino de sus libros anteriores, *Nosotros los marxistas*, *El capitalismo español al desnudo*, así como de *La revolución española de Octubre*. Pero el lector advierte pronto que el Ramos Oliveira de 1952 no es el marxista revolucionario de 1935, sino que ya se ha inclinado hacia el liberalismo, aunque sin olvidar la matriz de sus tesis sobre el atraso español.

La interpretación de Ramos Oliveira tiene como núcleo originario la afirmación de que España no ha podido decidir por sí misma su historia debido a las injerencias del exterior: invasión cartaginesa, romana, árabe, francesa. La invasión más importante fue la árabe de 711, la cual impidió, debido a la prolongada lucha, que España llegara al Renacimiento con nuevas estructuras, como sí hicieron en cambio los vecinos europeos; así persistió el modelo medieval, con predominio agrícola. No hubo una modernización científica; no surgió una clase intermedia entre nobleza y pueblo. Ramos coincide con Sánchez Albornoz, frente a Américo Castro, en considerar la invasión árabe como un factor básico del retraso en la modernización de España.

Otro punto fuerte en la consideración de la historia moderna y contemporánea de España se halla en los nacionalismos catalán y vasco. A ningún asunto dedica tantas páginas como a éste. Es evidente que Ramos Oliveira ve ahí uno de los rasgos fundamentales de lo que cree un país enfermo. Como tantos exiliados, no destaca por el optimismo: innumerables veces recuerda la voz quejumbrosa y tronante de J. Costa clamando por una España que cultive la escuela y la despensa, que devuelva el orgullo a los españoles. En el caso del nacionalismo, el tratamiento de Ramos Oliveira se inserta en la línea del socialismo de Fabra Ribas (por su contraposición de internacionalismo y socialismo), que dominó en España durante la II Internacional, mas se aparta bastante de la defensa que los marxistas de la III Internacional hicieron de las nacionalidades.

Ramos enlaza el nacionalismo catalán con la posición de la *Lliga*, como una cuestión económica interpretada por quienes (los industriales catalanes) se movían políticamente buscando nada más que su interés de clase, no mirando al interés del país. No entra en lo catalán como tradición de lengua, cultura y tradiciones propias, con lo que parece desconocer su fondo popular. Para él la burguesía sólo existía propiamente en Cataluña y en el País Vasco. En consecuencia –y aquí viene la conexión que Ramos establece entre economía y política– esas burguesías tenían que ser el motor que llevara la revolución burguesa al resto del país y deberían hacerlo no sólo por sentido patriótico sino en beneficio económico propio, ya que una España sin poder de compra no podía absorber la producción catalana y vasca. Su posición es aquí de un centralismo exacerbado. Cataluña estaba llamada a regenerar el país y, en lugar de hacerlo, de tener una mirada universal, quería huir de España. De manera que Cataluña fue, en la visión de Ramos, culpable de que no se produjera la revolución burguesa en España. Con toda razón, Bernecker considera que Ramos trata el nacionalismo, un tema tan complejo, con escasa objetividad y basándose en una concepción rígidamente centralista y unitaria del Estado.

El núcleo de la visión de Ramos se halla en su tesis sobre la falta de burguesía. Con la Constitución de Cádiz España dejó de derecho, mas no de hecho, de ser feudal. Tendría que haber ocurrido lo que sí ocurrió en Francia, el surgimiento de una nación burguesa. Tal como la expone, la tesis no está exenta de oscuridades, por no decir de contradicciones, ya que tilda la revolución liberal española de importada, incubada en una filosofía extraña al medio español. De ahí que el pueblo siguiera indiferente al cambio legal, al ser un cambio impuesto por una minoría, desde arriba. Probablemente, esa articulación no es lo más logrado de Ramos, teniendo en cuenta que acude a la Revolución Francesa como metro para enjuiciar la revolución liberal en España. Al distinguir revolución biológica (desde abajo) y revolución incubada (desde arriba), parece defender más una tesis de corte orteguiano (o a lo más costista) que una tesis socialista. Su diagnóstico recuerda desde luego a Costa, al que cita a menudo: la desamortización, durante el siglo XIX, no habría dado como resultado la creación de una clase de pequeños propietarios, como era intención de Flores Estrada, Mendizábal o Madoz, sino que aumentó la propiedad de los grandes terratenientes: “La desamortización dejó al proletariado campesino más numeroso y más pobre que antes.” (p. 84). A finales del siglo XIX, la población agraria sin tierra, sumados los arrendatarios y los braceros, representaba el 53 % del campesinado. (Véase p. 14)

Tampoco es muy afortunado el tratamiento del anarquismo: “el hombre en libertad selvática” (p. 148), no advirtiendo la disciplina con que llevaban las cuentas de cotizaciones las federaciones obreras. Incluso parece hacer a Pi y Margall culpable de que el anarquismo fuese enemigo del Estado, concediéndole al republicano federal catalán un papel que no tuvo. Pero en su desaforada defensa del centralismo acusa a la tesis federal de regresiva: “va contra la ley de la civilización”. Y no parece advertir que el cantonalismo no fue cosa del anarquismo catalán. Llega incluso a ligar el terrorismo barcelonés al separatismo (pp. 222 ss.) y escribe, ya en deriva psicoanalítica, que “la burguesía del Principado nunca favoreció la formación de sindicatos obreros de filosofía socialista, pues esta burguesía mantenía también una visión anarquista de la lucha y prefería que el proletariado de Cataluña, su proletariado, fuese anarquista” (p. 224)

La I República representó, a sus ojos, un ensayo de la clase media que se asustó viendo que “el reinado de la libertad conducía a la anarquía” (p. 146). Por ello se hizo conservadora. No poseía fuerza suficiente para dirigir el país y se echó en brazos de la oligarquía. Tras esa efímera república, fue la Restauración un período de pacto de no beligerancia entre las distintas capas de propietarios, aportando aquí Ramos la información económica que es el fuerte de su libro. Pocos historiadores tienen una visión económica global de la historia de la España contemporánea como la que él maneja con maestría, aunque no siempre revele las fuentes en que se basa. Su gran mérito reside en la información que reúne y la conexión que establece entre intereses económicos y la política de cada periodo.

Sigue después su recorrido por la crisis de 1917, cuyo bloque de poder careció del hombre que Costa buscaba, un Cromwell o un César: salvar la nación con reformas sin pertenecer a ningún partido. De nuevo pone en evidencia su escasa confianza en

la capacidad de las masas, como si éstas necesitaran un capitán que las dirigiera y no fuesen capaces de organizarse por sí mismas. Su idea de ausencia de revolución burguesa la afronta con una complejidad en su análisis económico, que lo convierte en un clásico imprescindible. La dictadura de Primo de Rivera es vista en positivo: “un progreso respecto de lo abolido” (p. 289), pues si los campesinos siguieron como estaban, para los obreros de fábricas, talleres, minas o comercio “fue un régimen considerablemente más benévolo que el de la oligarquía absoluta.” (p. 293) No es entusiasta de la democracia parlamentaria. Al hablar de la escisión del PSOE en 1921, a su vez, muestra que no es ni mucho menos incondicional del ala institucionista del PSOE.

Sobre la economía, es pesimista en cuanto a la forma del reparto de la riqueza, no porque España sea un país falto de recursos, sino por falta de revolución industrial. España es un país agrario: “La agricultura lo es casi todo en la economía española” (p. 339), pero sin maquinaria agrícola. Los cinco millones de campesinos malviven con rentas o salarios míseros. No hay Estado, porque España es un paraíso fiscal. Ramos exhibe datos sobre cómo se gravan (en aquellos años 30) las rentas, comparando la situación inglesa con la española, un desfase brutal. Elogia las ramas de producción más fuertes, con sus logros y debilidades, dedicando un apartado a la industria papelera, y en especial a Nicolás María de Urgoiti, el gran empresario del papel, “no ajeno a las cosas del espíritu” (p. 379), el audaz emprendedor, que vio con perspicacia que había que unir la empresa papelera con la de la comunicación (periódicos y editoriales) y su consumo.

Tras pasar revista a la industria naval, llega a la banca, con un análisis demoledor. No hay banca agraria, es decir, no la hay para la mayoría de la población. Los sin tierra y arrendatarios no reciben crédito por no poder garantizar amortizarlo. Lo reciben los grandes propietarios, que, a la vez, dirigen el sector. “Toda la nación trabaja para los banqueros y los grandes terratenientes” y a “esas dos clases sociales se debe la miseria y la guerra civil.” (p. 412). La banca española es la antítesis de la banca inglesa, la cual convierte el capital inactivo en activo, fomentando el comercio, prestando a un interés tolerable. El Banco de España debería actuar en beneficio del país, no de sus accionistas y consejeros. Éstos, condes, duques, marqueses..., terratenientes todos, son elegidos por los accionistas. En nota de la página 426 indica que “nada ha cambiado... después de la guerra civil.”

Para la República, Ramos apoya la política liberal de los socialistas al inicio. Pero esta colaboración se produce defendiendo una constitución liberal en un país sin suficiente burguesía y clase media. Tal es el drama de España: “la insistencia de los partidos democráticos en gobernar al país a base de soberanía popular perpetúa la catástrofe. Más he aquí que, no resuelto aún ese conflicto orgánico e insuperable, viene a complicarse con la presencia de las ideas marxistas en un medio precapitalista. Así como la libertad política en la moderna filosofía constitucional presupone la existencia de una clase media capaz de traducirla en realidades, la filosofía marxista da por cierta a su vez la existencia de una burguesía o capitalismo y el correspondiente proletariado industrial.” (pp. 454-455). Aquí se ven los equilibrios que hace Ramos

por manejar esquemas socialistas de la II Internacional como de lecturas —o más bien falta de lectura— de la obra de Marx. En todo caso, es una forma de culpar a los trabajadores industriales de acosar a los empresarios: el interés de los campesinos (70 % de la población) es el interés nacional; pero el interés del obrero industrial sería en cambio menos general y entraría en conflicto con el interés político general. Conclusión: luchar contra el capitalismo, propugnando una revolución anticapitalista “consolida a la oligarquía porque le allega el sostén de la clase media burguesa.” (p. 456)

Ramos parece considerar un infortunio que el proletariado asumiera ideas revolucionarias antes de que existiese una burguesía fuerte, es decir, que el proletariado no esperara a que se cumplieran “las etapas obligadas de la evolución política y económica”. (p. 457) Era un infortunio que el proletariado español se comportara como el británico o el francés, que tenían enfrente una burguesía madura. El argumento tiene cierta coherencia respecto de los campesinos, que eran la mayoría, pero lo que no se entiende, desde una óptica socialista, es que no reclame la unión de trabajadores del campo y trabajadores de la industria. Es llamativo que contraponga aquí a Costa frente a Pablo Iglesias: a Costa por reclamar que los socialistas no atemorizaran a la clase media, potencialmente revolucionaria y la empujaran a caer en brazos de la oligarquía y a Pablo Iglesias por defender la conquista del poder político por parte del proletariado. Y, sin embargo, Ramos, que sostiene que el partido socialista actuó correctamente renunciando a la revolución al comienzo de la República, afirma que “el error consistió en arriar los principios marxistas en ventaja de otros no menos inaplicables para España.” (p. 458) ¿En qué quedamos? Si fue un error no aplicarlos es que había que proclamar la revolución. Seguramente se encierra aquí otro de los componentes del drama de España.

Azaña, del que Ramos habla con mucho respeto, quería reconocer a todos, al comunista, al anarquista, al monárquico; no excluía a nadie. Su error, su utopía, consistía en no ver lo fundamental, que era la situación económica. Antepuso el problema eclesiástico, que terminó desbordándole, y el militar, que era desde luego urgente y que Azaña conocía bien. Pero lo inaplazable era constituir una milicia republicana que defendiera a la República y tuviera fuerza para imponerse a la oligarquía, para distribuir la propiedad agraria entre los campesinos, ganándolos así para la República. Ramos reconoce que nunca se ofreció mejor ocasión para cambiar el rumbo de España que bajo la República. Y aquí vuelve a la idea del gran director: no hacía falta buscar un pueblo para ese cambio; “era el pueblo quien buscaba al político.” (p. 507) En vez de ser el campo el que absorbiera las energías de la República, fue la cuestión del clero la que las absorbió en exceso. La reforma de ley agraria salida de las Cortes republicanas se quedaba corta y, además, apenas se aplicó. La República puso esa reforma en manos de los financieros, ante todo del Banco de España, regido por la nobleza y por aristócratas como el duque de Alba. En vez de crear y fortalecer instituciones que dieran vigor a la República, que crearan, por fin, Estado, seguía siendo la oligarquía la que regía el país. Reformar el clero y el ejército era indispensable, pero no era lo primordial. Ramos admite que la reforma

agraria no tenía por qué ser colectivista; podía ser también un sistema individualista o familiar. De lo que se trataba era de eliminar el inmenso poder de la oligarquía.

La contrarrevolución de noviembre de 1933 echó por tierra todas las reformas favorables a los campesinos. La revolución se produjo en 1936, pero llegaba tarde. Y de nuevo cree Ramos que hubo un error de perspectiva en la consideración de la Iglesia como obstáculo mayor para la regeneración y modernización de España. Es el error de los filósofos y profesores liberales: “a ello les lleva su concepción idealista de la historia y el encuentro cotidiano en la esfera profesional y a veces también en la vida privada con los católicos.” (p. 551) La separación Iglesia-Estado no resolvía nada fundamental. Si la propiedad hubiese estado repartida, la Iglesia habría sido respetada. En definitiva, la República fracasó, no sólo por la derrota en la guerra sino porque careció de la energía política capaz de llevar a cabo las reformas fundamentales, ante todo la agraria. Ramos ve una confirmación de su diagnóstico sobre la falta de apoyo a la República en el hecho de que en la Guerra Civil se enfrentan la España “enferma” y la “sana”. Defendieron la República las regiones industriales y mercantiles, las de la clase media y proletaria; en cambio, en las de la España “enferma”, Castilla, Galicia minifundistas, Andalucía y Extremadura latifundistas, apenas encontraron resistencia los golpistas. Aunque Ramos se cuida de señalar que no es la región lo que divide a España en absolutista y republicana, sino las condiciones económicas. Tesis, por tanto, sobre las causas de la Guerra Civil popularizada después, y que coincide con la de E. Malefakis, en un libro ya antiguo pero que no ha perdido actualidad, *Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX* (1972, original inglés 1970)

Sobre la Guerra Civil, en su aspecto militar, un asunto sobre el que existe tanta bibliografía a esta hora, es claro que el libro de Ramos no es hoy de primera referencia. Sí es interesante apuntar que cuando lo publicó, en pleno franquismo y plena guerra fría, circulaba profusamente, en España y fuera de ella, la especie de que los soviéticos quisieron levantar en el sur de Europa un Estado comunista y que tal sería una de las causas principales de la Guerra Civil. Ramos ironiza sobre ello: “No se concibe que, si eran tan sutiles y peligrosos los agentes de Moscú y los políticos del Kremlin, organizaran para el mes de julio de 1936 una conjura que habría de encender la guerra civil y dar el poder a los comunistas españoles y olvidaran la inexcusable obligación de facilitarles armas.” (p. 695).

A la altura de hoy no hay duda de que esta historia de España de Ramos resulta falta de una documentación de la que él no podía disponer. Además, la España del siglo XXI, aun conservando muchos rasgos de la que él describe, permite –más bien obliga a– lecturas diferentes, sobre todo en lo que él veía más nuclear, la agricultura. Pero la valentía y la pasión con que aborda las cuestiones y la brillantez de su lenguaje, lleno de fogonazos y quiasmos a lo Costa, hacen de su lectura una historia que cautivará a historiadores y no historiadores. No hay ninguna duda de que Ramos ofrece en su interpretación un conjunto de cuestiones que se hallan en el debate sobre el socialismo y el marxismo, sobre el anarquismo, sobre el nacionalismo, sobre la revolución liberal, sobre el mismo concepto de modernización, que, a mí

personalmente me resulta mecánico tal como lo emplea, pero tampoco olvido que es fácil hoy protestar por el exceso de asfalto y contaminación urbana cuando Ramos pedía simplemente que hubiese comunicaciones.

Y hay que ver cómo elogia a Indalecio Prieto por su proyecto de enlace de las estaciones ferroviarias de Madrid. En definitiva, es una buena noticia que hoy podamos leer esta apasionante historia, que fue fruta prohibida en los años 50, y que ahora sigue mostrando los lados más oscuros de una historia plagada de conflictos no superados.

Pedro Ribas
Universidad Autónoma de Madrid
adolesbanditi@hotmail.com